

# El amor: ¿rehén de la familia?

*Lilia Esther Vargas Isla\**

Relacionar conceptos como amor y familia puede parecer una tarea innecesaria porque solemos considerarlos unidos por causas naturales. Hoy la familia nos parece una entidad claramente delimitada y aislada de la sociedad y un espacio constituido a partir de la libre elección de pareja, en el que los vínculos elegidos y, sobre todo, los biológicos, garantizarían naturalmente el amor entre sus miembros. Sin embargo, el que, tal aislamiento y relaciones nos parezcan obvias, espontáneas y naturales, es resultado de construcciones discursivas y velos ideológicos y constituyen parte de los mitos<sup>1</sup> más poderosos que conforman nuestra actual noción de familia en el mundo occidental moderno. El “aislamiento” de la familia, la “libre” elección de pareja y el amor “natural” entre padres e hijos constituyen mitos, no porque no debiera haber una delimitación de fronteras entre familia y sociedad ni porque no puedan existir lazos amorosos en la pareja y entre padres e hijos, sino porque en la sociedad moderna estas nociones surgen y operan a partir del ocultamiento y enajenación respecto a procesos sociales más amplios, y porque confieren un sentido de eternidad ahistórica a la significación de las emociones.

Claude Lévi-Strauss<sup>2</sup> plantea que la unión sexual de un hombre y una mujer para la procreación, la protección del embarazo y la crianza más o menos prolongada de los hijos hasta que éstos puedan valerse por sí mismos, implican las condiciones biológicas para la reproducción de la vida humana, pero señala también que las reglas de intercambio de las mujeres que restringen las uniones ponen a la “naturaleza” bajo control y que las sociedades van conformando y

---

\* Profesora Investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-X.

<sup>1</sup> Me refiero tanto a la dimensión imaginaria de los mitos como a su sentido de ficción.

<sup>2</sup> Lévi-Strauss C., *La familia*, en *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1974.

modificando a las familias en función de requerimientos que las exceden y condicionan. Muestra también que el matrimonio no pertenece al ámbito de lo privado sino que es una cuestión de los grupos antes y por encima de los individuos, con la finalidad básica de establecer alianzas como condición de supervivencia de la sociedad y de la humanidad misma. De su trabajo se deriva que la elección de pareja por razones de preferencia individual, de atractivo sexual o de amor, no han sido históricamente los fundamentos para la formación de los matrimonios y la constitución de las familias, y que los sentimientos entre padres e hijos han asumido formas de expresión muy distintas a las que actualmente consideramos normales o adecuadas.

Ahora bien, si es cierto que las fuerzas que determinan las relaciones entre familia y sociedad y entre los miembros de las familias son, en primera instancia, productos históricos, efecto de la estructura y organización social, también lo es que las familias no son la sociedad, que son espacios con cierto grado de autonomía y que funcionan no sólo dependiendo de las características de los sujetos que las constituyen sino también de fuerzas y reglas que rigen su dinámica interna. Las familias tienen extraordinarias capacidades miméticas y plásticas y asumen las determinaciones sociales, pero transmutándolas y modelándolas según sus propias formas y su propia historia. Las familias han sido en cada cultura, en cada tiempo y lugar, un reflejo de la realidad social, pero también lugar de construcción de la realidad. Son transmisoras de valores, mitos e ideologías pero también instancia de producción de significados.

Y las familias evolucionan, sí, pero no a la manera de la evolución de las especies por eliminación de unas características y desarrollo de otras en una creciente complejidad, mejor capacidad adaptativa y mayores probabilidades de supervivencia. No como un tipo de evolución darwiniana partiendo de las modalidades familiares más arcaicas y simples hasta llegar a la moderna, como forma superior de conyugalidad y familia. Las familias evolucionan en el sentido de que cambian, y cambian en función de los cambios sociales, de las condiciones materiales de existencia, de determinaciones de naturaleza económica, política y religiosa y constituyen, a la vez, un factor de cambio social. Por todo ello cada familia constituye una entidad única e irrepetible, y si bien existen algunos criterios de clasificación, sería necesaria una aproximación casuística para aprehender, en su

diversidad y especificidad, las características que en cada familia adquieren las respuestas a las condiciones socioculturales en que se encuentran. En ese sentido, hablar de “la familia” y no de “familias”, es siempre una generalización abusiva. Sin embargo, es posible identificar tales condiciones socioculturales y las determinaciones históricas que imponen rumbos y linderos.

Una reflexión sobre la relación entre amor y familia, como podemos concebirla hoy en el mundo occidental, exige, al menos, una breve mirada a la historia. En este trabajo aludo a la familia conyugal monogámica establecida básicamente a partir del trabajo asalariado, aunque hay que mencionar que en el mundo occidental existen aún familias con modalidades de producción casi feudales o bien patriarcales que implican otras formas de organización familiar, y que en México, con sus numerosas etnias indígenas y un amplio sector rural, tienen aún una presencia significativa las familias extensas en las distintas formas que adoptan. Lo que intento hacer aquí, es un análisis sobre la forma en que la organización social de la producción y la incidencia de determinados discursos han perfilado ciertas características de la familia conyugal monogámica occidental, sobre algunos de los efectos del aislamiento al que fueron enviados sujetos y familias bajo el Estado Moderno, y al encargo social depositado en ellos para construir significados nuevos a partir de nuevas condiciones de vida. Sobre una vida personal privada y una intimidad inédita para las familias, y sobre el lugar asignado en ellas a las emociones, particularmente al amor. Me refiero al amor mitificado, trastocado en imperativo, normativizado y ofrecido como ideal para las familias y requisito para las parejas, como panacea contra la soledad y la pérdida de un sentido social de la existencia. Y también a la violencia. A la violencia que genera el derrumbe del ideal y la confrontación del mito con la realidad vivida.

### **Algunos elementos históricos**

El antecedente inmediato de la familia conyugal monogámica es la familia patriarcal. En ella el padre representaba a la autoridad en todas sus dimensiones y constituía junto con su mujer, hijos, aprendices y sirvientes, un pequeño “Estado”. La actividad económica y la vida familiar no estaban separadas. La familia y la comunidad de familias otorgaban un sentido de totalidad y representaban un espacio de

contención social, emocional y moral, hasta antes del inicio del siglo XIX. La idea de familia no era opuesta a la idea de lo social. Philippe Ariés plantea que “La vida de antaño, hasta el siglo XVIII, transcurría en público... la densidad social no dejaba un espacio libre para la familia. No es que la familia no existiera como realidad vivida... pero no existía como sentimiento o como valor... Hasta el siglo XVIII, dicho sentimiento no había minado la antigua sociabilidad...”.<sup>3</sup>

Con el desarrollo de la industria y del capitalismo, la familia deja de ser el centro de la producción de bienes para la subsistencia. Trabajo y familia se separan, y con ello se genera una cada vez mayor distinción entre vida social y vida personal, entre lo público y lo privado, lo interno y lo externo. En ninguna época como en la nuestra, la sociedad se nos ha ofrecido a la conciencia tan drásticamente como lo externo, lo extraño, lo ajeno y peligroso, y la familia, en una polarización no gratuita, como lo propio, lo íntimo, lo conocido y confiable. La familia se convirtió en un lugar de refugio, en el único espacio de satisfacción de necesidades sociales, físicas y emocionales. Ariés agrega, refiriéndose a la familia moderna, que parecería haber pasado a sustituir a las antiguas relaciones sociales “para así permitir al hombre librarse de una insoportable soledad moral”.<sup>4</sup> Nunca antes se depositó sobre la familia una carga como ésta. Matrimonio y familia eran un asunto social, una cuestión de la comunidad, una responsabilidad compartida. Las funciones de las que el grupo, la familia y aún el sujeto mismo se hacían cargo tenían un sentido social amplio, un significado colectivo que dotaba a los sujetos de un sentimiento de integración y pertenencia.

En su convergencia, el divorcio familia-sociedad, la moral judeo-cristiana, el concepto positivista de orden y progreso, los valores burgueses y el amor romántico del siglo XIX, fueron factores decisivos para el surgimiento de la noción de lo individual como ilusión de autonomía y libertad para pensar, actuar, elegir y amar y para que coagulara la idea de que la pareja conyugal monogámica para la reproducción representa la superación de un salvajismo promiscuo y es el único espacio aceptable de ejercicio de la sexualidad y de constitución de una familia. Matrimonio, sexualidad y vida emocional

<sup>3</sup> Ariés Ph. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus Ediciones, Madrid, 1987, pág. 537.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 538.

son ahora asuntos que pertenecen a la esfera de la vida privada de las personas y aparecen como perteneciendo a un ámbito que poco o nada tienen que ver con la actividad económica, con la política, con las relaciones de poder. Pero esta desconexión con lo social y esta nueva privacidad son, en un sentido, sólo cambios de forma. Las familias, convertidas en reinos de libertad, amor y felicidad, deben sujetarse a nuevas formas de control, a los criterios y las normas de instituciones que se harán cargo de la mayoría de sus anteriores funciones, a discursos que les señalarán qué es libertad, cómo ser felices, cómo amar. Nunca como ahora tuvieron las familias tantos “apoyos” institucionales, tantos “recursos” científicos y tecnológicos, tantos estímulos y permisos para alcanzar esas metas... y nunca estuvieron más inermes para hacerlo.

### **Sobre las nuevas demandas y saberes**

Discursos emergentes cincelan familias, mujeres, hombres, infancias y vidas cotidianas. Para los hombres el trabajo asalariado y la sexualidad dividida: con una mujer los hijos y con otras el placer; para las mujeres la maternidad, el trabajo doméstico, la deserotización; para los hijos la escuela, la infancia y la adolescencia más y más prolongadas. Nuevos criterios de salud, de alimentación y educación, nuevos ritmos para el sueño y la vigilia y para todos, “el amor”, “la armonía” y “la felicidad en el hogar”. Se trata del modelaje de las más estrechas relaciones de los sujetos, de ese nivel microfísico del poder del que habla Foucault. Del poder “en sus extremidades, en sus confines últimos, allí donde se vuelve capilar...”.<sup>5</sup> Michael Foucault plantea también que “...cualquier ejercicio del poder es, al mismo tiempo, un lugar de formación de saber”. Habla de cómo el poder-saber produce discursos que se establecen como “verdades científicas” y cómo crea “códigos” a partir de los cuales regula, clasifica y disciplina a los individuos.<sup>6</sup> Las nuevas tareas y relaciones asignadas a las familias debían sustentarse en nuevos saberes que indicaran cómo debe ser una familia para constituirse en una fuente de amor y bienestar para sus miembros y cómo hacer para criar seres sanos, libres, maduros, productivos, y felices.

<sup>5</sup> Foucault M., *Microfísica del poder*, Ed. La Piqueta, Madrid, 1980, pág. 142

<sup>6</sup> Foucault M., *El discurso en el poder*, Ed. Folios, México, 1983, pág. 223

En efecto, fueron múltiples los discursos que florecieron en torno a la familia y de entre ellos destacan los de la psicología y el psicoanálisis —una psicología y un psicoanálisis—, que como campos disciplinarios nacen, como las familias modernas, en el siglo XIX. Es en estos discursos en los que centro aquí mi interés, pero ante la imposibilidad de hacer una reflexión exhaustiva de temas y orientaciones, opto por exponer una muestra de las ideas de algunos autores de corte humanista que sintetizan lo que se espera ahora de los sujetos y sus relaciones familiares, y que evidencian la entronización del amor en ellas:

Ackerman propone que es necesaria una atmósfera general de amor y devoción mutua entre los miembros de una familia para evitar que surjan sentimientos de frustración, resentimiento y hostilidad.<sup>7</sup> Su mirada sobre la familia y el individuo y sus posibilidades de salud emocional y libertad personal representaron un hito en los estudios sobre la familia.

Erikson habla también del “amor auténtico” que presupone identidad, fidelidad y compromiso mutuo en las parejas.<sup>8</sup>

Caparrós, otro estudioso clásico de las familias, se refiere a que hubo un tiempo en que los individuos pudieron vivir en armonía al interior de sus familias, hasta que el Estado estableció “reglas homogeneizantes” por las que la armonía familiar y la individualidad se perdieron, causando un enfrentamiento que aún prevalece.<sup>9</sup>

Sánchez Azcona se pregunta: “¿Están preparados y capacitados los cónyuges para tener un hijo? ¿Es un deseo consciente y responsable? ¿Se ha logrado la madurez necesaria, la comunicación, el respeto, la comprensión y el amor entre los padres? ¿Se va a poder educar a ese hijo dentro de las mejores tradiciones humanistas de nuestra cultura?... Es necesario que los hijos sean amados, que vengan a un hogar donde el papel que van a desempeñar haya sido valorado con toda objetividad, pero que no lleguen a un hogar como fruto de prejuicios y convencionalismos sociales. Los padres deben hacer un acto de valoración y de autocrítica antes de encargar un hijo”.<sup>10</sup> Cito este largo

<sup>7</sup> Ackerman N.W., *Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares, psicodinamismos de la vida familiar*, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1961.

<sup>8</sup> Erikson E., *Infancia y sociedad*, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1970.

<sup>9</sup> Caparrós N., *Crisis de la familia*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1963.

<sup>10</sup> Sánchez Azcona J., *Familia y Sociedad*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1974, pp. 38-39.

párrafo porque expresa admirablemente lo que los humanistas consideran debe ser la pareja parental.

Erick Fromm es, sin embargo, el máximo exponente del pensamiento humanista sobre el amor. Tiene la virtud de reconocer que “el amor no es un sentimiento fácil para nadie, sea cual fuere el grado de madurez alcanzado”. Pero agrega: “Su finalidad (la del libro) es convencer al lector que todos sus intentos de amar están condenados al fracaso, a menos que procure, del modo más activo, desarrollar su personalidad total, en forma de alcanzar una orientación productiva; y de que la satisfacción en el amor individual no puede lograrse sin la capacidad de amar al prójimo, sin humildad, coraje, fe y disciplina. En una cultura en la cual esas cualidades son raras, también ha de ser rara la capacidad de amar”.<sup>11</sup> Basándose en el Antiguo y Nuevo Testamentos y su distinción entre el ser y el tener, y en una crítica al psicoanálisis freudiano, Fromm retoma la más pura de las tradiciones judeocristianas, seculariza el pensamiento religioso y plantea que cualquier cosa que no sea la eliminación del narcisismo y la entronización del bien y el bienestar del ser amado, es sólo pseudoamor.

En estos discursos “El Amor” queda propuesto así, con mayúsculas porque es el amor “auténtico”, “profundo” y “maduro”. Inalcanzable en su pureza y perfección y a la vez asequible, elegible. Discursos todos que ocultan esta contradicción y apuntan a crear consenso y a legitimar los modos de vida, los lugares y funciones que han de sostenerse, los modelos a los que aspirar.

### **Un imperativo de amor para las parejas**

Partiendo —arbitrariamente— de que la pareja es la base de la familia, el sistema de valores de cada uno, sus expectativas, presunciones y anhelos son factores decisivos para la solidez de la pareja y la viabilidad de la familia. Sin embargo, a partir de que la libre elección de pareja y el amor se convirtieran en el único soporte del matrimonio, las relaciones de pareja se volvieron enormemente complejas y conflictivas. De ninguna manera quiero implicar que anteriores criterios de elección y causas del matrimonio fueran mejores o condujeran a relaciones más felices, sino señalar que la felicidad y el amor no estaban entre sus objetivos, que la responsabilidad de la elección recae

<sup>11</sup> Fromm E., *El arte de amar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, pág. 7.

ahora, antes que en nadie, en los directamente interesados y que los términos del compromiso involucran dimensiones, si no imposibles, sí muy difíciles de superar.<sup>12</sup>

En un primer plano de las dificultades aludidas destaca la contradicción que representan “amor” y “matrimonio”. Kierkegaard considera que “...el amor y la inclinación amorosa son completamente espontáneos, el matrimonio es una decisión; no obstante, la inclinación amorosa debe ser recogida por el matrimonio o por la decisión: querer casarse quiere decir que lo que hay de más espontáneo debe ser al mismo tiempo la decisión más libre, y que lo que a causa de su espontaneidad es tan inexplicable que uno tiene que atribuirlo a una divinidad, debe tener lugar al mismo tiempo en virtud de una reflexión, y de una reflexión tan agotadora como la decisión que de ella resulta. Además, una de estas cosas no debe seguir a la otra, la decisión no tiene que llegar por detrás a paso de lobo, el todo debe tener lugar simultáneamente, ambas cosas tienen que encontrarse reunidas en el momento del desenlace... La reflexión es el ángel exterminador de la espontaneidad...”<sup>13</sup>

Para Watzlawick y otros teóricos de la comunicación humana, el hecho de que sobre el amor, que por su naturaleza sólo puede ser espontáneo, pese cualquier instrucción, constituye una paradoja y coloca a los que la enfrentan, en una posición insostenible.<sup>14</sup>

La sentencia “...se amarán y respetarán hasta que la muerte los separe” condensa la condición de paradoja y expresa no solamente la postura de la Iglesia Católica sobre el matrimonio, elevado a sacramento sagrado por San Agustín, sino también el interés de la sociedad por mantener vigente la institución matrimonial, ya que la mayoría de las sociedades abriga sentimientos hostiles hacia la disolución de los matrimonios y reservan sanciones de diverso grado de severidad para los que incurren en él. El punto es que, aunque se

<sup>12</sup> Para intentar un análisis más completo sobre las características que adquiere la relación de pareja bajo las condiciones socioeconómicas, políticas e ideológicas de la modernidad, habría que retomar, entre otros, los elementos de análisis que sobre la mujer doméstica y domesticada han hecho las que me parecen cada vez más inteligentes sólidas y sustentadas críticas feministas. Sin embargo, con ello rebasaría los límites de este trabajo. Pretendo solamente referirme a la pareja como tal y a algunas de las redes en las que se ha visto atrapada.

<sup>13</sup> Kierkegaard S., *Reflexiones sobre el matrimonio*, citado en Lepp Ignace, *Psicoanálisis del amor*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1960, pág. 139.

<sup>14</sup> Watzlawick P., Helmick B. J., Jackson D.D., *Teoría de la comunicación humana*, Ed. Tiempo contemporáneo, Buenos Aires, 1971.



trate de una fórmula más o menos ignorada en el mundo occidental moderno —el alto índice de divorcios lo demuestra—, la paradoja que constituye tiene efectos pragmáticos nocivos insospechados en las parejas.

Otro ámbito que hace absolutamente rebatible la idea de una “libre” elección es el de las motivaciones intrapsíquicas que inducen a los sujetos a elegir pareja. De ellas nada saben, no sólo por su naturaleza inconsciente sino porque se despliegan justo en el espacio del vínculo y representan fuerzas que, salvo afortunadas combinaciones, suelen sumir a las parejas en mares de confusión y sufrimiento. La mayoría de las parejas llegan al matrimonio con una sobrecarga de significados atribuidos al amor y un sinnúmero de expectativas depositadas en él. El amor no sólo es el único sentimiento aceptable sino también el único valor que legitima su elección mutua y su unión.

Es incuestionable que existen parejas que logran alcanzar el difícil y sutil equilibrio que se requiere para mantener una relación estable y razonablemente satisfactoria. Sin embargo, la situación que enfrenta la mayoría de las parejas, lleguen al divorcio o no, es la de una contradicción entre los comportamientos socialmente aprobados y esperados y los que individualmente experimentan. Así, a medida que la cotidianidad y las obligaciones contraídas las tomen desprevenidas y se vayan deshojando una a una las flores del romance, las promesas de amor eterno, comunión perfecta, y felicidad van cediendo su lugar a la decepción, la frustración y la ira contra el otro, y también a la autodesvalorización y la culpa por no haber sido capaces de amar según lo exigía el modelo anhelado.<sup>15</sup>

### **La violencia en el lugar del amor**

La violencia resulta tan consustancial a las familias como pueden serlo los lazos de afecto. Más allá de las pulsiones agresivas que propone Freud y que tendrían su origen en los individuos mismos, la familia es generadora de violencias nacidas de la naturaleza intensa de los

<sup>15</sup> Repetidamente se ha planteado que la tendencia al amor romántico es una característica intrínsecamente femenina. Discrepo con ello. Suscribo la postura de que se trata de un efecto de la moral burguesa como una de las formas más eficaces de mantener alertagada y subyugada la sexualidad de las mujeres y considero que el amor romántico no sólo ha sido también una aspiración de los hombres sino que ha tenido sobre ellos efectos igualmente lesivos y en un sentido peores, en la medida en que no les es socialmente permitido reconocerlo.

vínculos que sostiene y blanco y agente de las que emanan de la estructura social. En la vida familiar la violencia externa encuentra canales y motivos, se suma en su virulencia a las violencias internas, confundiéndose con ellas, y las familias responden a este fenómeno con los mecanismos que habitualmente rigen sus pautas y patrones de comportamiento. No suele haber discriminación. Las paradojas del orden social viven dentro de la casa, en la "intimidad familiar", forman parte de la vida "privada". Parejas y familias, convertidas en los territorios casi exclusivos para dirimir las contradicciones sociales y las batallas intra e intersubjetivas, distan de ser los paraísos prometidos de dicha y concordia. El desconocimiento radical de las fuerzas que las mueven, la hipertrofia de las emociones y lo utópico de los modelos propuestos, son en sí mismos fuentes inequívocas y sistemáticas de violencia. La violencia ha estado siempre presente en la familia, pero definida como lugar de amor, protección y seguridad, y conceptualizada, idealizada y asumida así por sus integrantes, la violencia siempre los sorprende y, más aún, genera ese sentimiento casi innombrable que produce lo siniestro.

Las vías de expresión de la violencia en las familias, lo sabemos, son múltiples en forma e intensidad; existen algunas que resultan intolerables a propios y extraños, causan escándalo y exigen la intervención de instancias jurídicas y/o civiles. Pero hay otras que las atrapan sin que cobren conciencia de ello. Así, como otras formas de agresión, se producen deslealtades, coaliciones, modos de control y dominio, chivos expiatorios y miembros sintomáticos, rechazos y descalificaciones, y las familias, salvo que lleguen a momentos de crisis, suelen convivir con ellas. Y dado que los conflictos familiares ya no se consideran atentados contra el orden público y la estabilidad social, y por su propia naturaleza, se enfrentan, se resuelven —o no— y se sufren, como pequeños infiernos privados. Por supuesto las familias tienen, en principio, la posibilidad de cuestionar, de tomar distancia y mirar desde otros lugares, de flexibilizarse y cambiar. Pueden construir cauces menos corrosivos para la violencia, pero ello requiere de un arduo trabajo colectivo.

### **Síntesis y conclusiones**

El encargo de ser uno de los soportes fundamentales del orden social y los mecanismos múltiples a partir de los cuales se la somete, utiliza

y mixtifica, han troquelado los caracteres que ha adquirido la familia actual. De entre estos mecanismos me refiero aquí al montaje de una gran ilusión, la de una vida privada y familiar en las que ha de reinar el amor.

### **Es necesario develar los mitos:**

—El del respeto del Estado a la vida privada. El Estado y sus aliados en intereses en la vida de sujetos y familias y utilizan subrepticios o abiertos modos de control de las conciencias, delimitan las opciones, proponen e imponen modelos hasta para los últimos recodos de la vida cotidiana. El Estado dirige hacia los sectores más débiles de la sociedad y hacia las familias los detonadores de sus fallas y contradicciones. Es necesario identificar, denunciar y revertir a sus orígenes la violencia estatal e institucional.

—El de la familia como espacio de bienaventuranza eterna en el que el conflicto y la violencia son siempre un defecto a corregir, una enfermedad a curar o una desviación a castigar. El conflicto y la violencia forman parte de los vínculos humanos y no es negándolos o decretándolos malignos o intolerables como se pueden encontrar o inventar vías más fecundas para su manifestación.

—El del amor. Es muy seductora la propuesta de aspirar al amor, a un amor que se propone como retorno a la naturaleza y que remite a lo divino, pero tal aspiración tiene implicaciones lesivas. No pretendo definir qué es el amor, pero sí puedo decir que es siempre ambivalente, que no forma parte del paquete genético, que no lo aseguran sentencias ni castigos ni tiene visa a perpetuidad. El amor suele ser evasivo y errático y si no se desmantelan los espejismos sobre él y se sigue comprando la promesa de un amor sublime, puro, exento de violencia y bálsamo contra todos los males, será sólo un ideal congelado.

Mucho se ha dicho que la familia puede ser lugar de intercambio de satisfactores afectivos, seguridad emocional, protección del exterior, confirmación y evitación del aislamiento y la soledad, pero en la medida en que no se pueda aceptar que nada garantiza que así sea, en que no se reconozca que la violencia y el amor coexisten, en que no se comprenda que el amor es contrucción cotidiana, la familia puede llegar a ser el más trágico y aterrador de los lugares.

## Bibliografía

- Ackerman Nathan M., *Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares; psico-dinamismos de la vida familiar*, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1961.
- Adorno Theodor W., Horkheimer Max, *La sociedad. Lecciones de sociología*, Ed. Proteo, 1969.
- Ariés Philippe, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus Ediciones, Madrid, 1987.
- Caparrós Nicolás, *Crisis de la familia*, Ed. Fundamentos Madrid, 1963.
- Erikson Erich, *Infancia y sociedad*, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1970.
- Fisher Helen E., *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1994.
- Foucault Michel, *El discurso del poder*, Ed. Folios, México, 1983.
- Foucault Michel, *Microfísica del poder*, Ed. La Piqueta, Madrid, 1980.
- Freud Sigmund, *Más allá del principio del placer*, Obras Completas, t.omo III, Editorial Biblioteca Nueva, 1973.
- Fromm Erich, *¿Tener o ser?*, FCE, México, 1978.
- Fromm Erich, *El arte de amar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973.
- Gay Peter, *La experiencia burguesa de Victoria a Freud*, tomos I y II, FCE, México, 1992.
- Lacan Jacques, *La familia*, Ed. Argonauta, Buenos Aires, 1978.
- Lemaire Jean G., *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*, FCE, México, 1986.
- Lepp Ignace, *Psicoanálisis del amor*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1960.
- Lévi-Strauss Claude, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1974.
- Sánchez Azcona Jorge, *Familia y sociedad*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1974.
- Watzlawick P., Helmick B.J., Jackson D.D., *Teoría de la comunicación humana*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1971.
- Zaretsky Eli, *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1976.